

Solidaridad universal

Andreas Hellgermann / Julia Lis
Instituto de Teología y Política
Münster, Alemania

A más tardar la tarde del 13 de marzo de 2020, en Alemania estaba claro que el gobierno federal y los gobiernos estatales tomarían más medidas contra la pandemia de coronavirus. Las declaraciones de la clase política, y otras, se multiplicaron rápidamente. Desde entonces "los acontecimientos se han precipitado". Es difícil ordenar todo esto. Aquí nos gustaría llamar la atención sobre un solo punto: lo que significa la solidaridad y lo que debe seguir significando en las circunstancias actuales. Su necesidad no será puesta en duda. Tampoco la necesidad de reducir drásticamente ciertas formas de contacto social: Mantén la distancia. La obvia combinación de ambos no debe darse por sentada.

"Mostrar solidaridad manteniendo la distancia entre ustedes, una aparente paradoja que hoy en día es necesaria. Se puede ayudar mejor a las y los más débiles, las personas mayores, las personas enfermas, si se evitan los contactos sociales en la medida de lo posible. Esa es la solidaridad que necesitamos en este momento". (Ángela Merkel, Noticias 13 de marzo, 20 hrs.)

El obispo de Münster, Félix Genn, se manifestó en la misma línea: "Todos estamos desafiados a una gran solidaridad, lo que significa mostrarnos cercanos manteniendo la distancia. Suena paradójico, pero es muy útil". (Obispo Félix Genn, comunicado de prensa, 17 de marzo de 2020)

No importa si se trata de una revelación involuntaria, de una especie de desliz freudiano o de algo dicho con toda seriedad. Por supuesto que nadie niega la necesidad de interrumpir la transmisión del virus manteniendo distancia física. Sí, eso es necesario. Pero eso no es todavía un signo de solidaridad. La solidaridad es algo más y completamente diferente de lo que cualquier regla de higiene necesaria y útil puede hacer, ¡incluso si todo habla a favor del cumplimiento de tales reglas!

La forma en que se habla de la solidaridad en este momento refleja sobre todo una cosa: el sujeto que la pandemia de coronavirus reclama parece ser el sujeto que ya conocemos de la vida cotidiana neoliberal: atomizado, aislado, dejado a su suerte. En su forma más acentuada, este sujeto es también el sujeto digital, que está en contacto con el mundo a través de una instancia mediadora, a través de un filtro, o mejor aún: con lo que este filtro autoriza como "mundo". Menos amenazado y menos peligroso es quien idealmente realiza tanto sus "contactos sociales" como sus actividades de consumo sin salir de la casa, el apartamento, la silla frente a la pantalla. Y eso es correcto, por supuesto. Ángela Merkel tiene razón. Pero este sujeto digital neoliberal es también quien mejor se las arregla en la vida cotidiana neoliberal-capitalista fuera de la crisis de coronavirus. Lo que esto significa, podría quizás ser para nosotros más claro que nunca después de que la pandemia haya terminado.

Mientras tanto, el sentido del "nosotros" que se está reclamando en todo el país bajo el disfraz de la gestión de la crisis es engañoso. No estamos más en el mismo barco que en nuestra vida cotidiana neoliberal-capitalista. Básicamente, las contradicciones son aún más drásticas y claras que nunca: ahora en crisis hay personas que han aprendido a enfrentarse a las condiciones neoliberales en un mundo digitalizado y a hacer frente a la vida cotidiana en él, y aquellas para las que la atomización neoliberal lo único que ha producido siempre es sufrimiento. No todas ellas pueden trasladar su lugar de trabajo a la oficina de su casa o tienen los medios financieros y están en la situación privilegiada de poder "amortiguar" al coronavirus. Hay quienes no pueden: las y los empleados precarios, quienes trabajan en el sistema sanitario, quienes mantienen la función básica de la reproducción. Y hay gente en los campos de refugiados, en las prisiones, que no puede quedarse en casa porque no tiene ningún "hogar".

La unión de la distancia y la solidaridad es algo aparentemente paradójico, dice el obispo Genn. Paradoja significa contrario a la opinión común. ¿Pero por qué dice que sólo aparentemente? ¿Significa que aún no sabemos que la virtud de mantener la distancia, la virtud de renunciar a los contactos sociales, ahora significa solidaridad? Creemos que eso ni siquiera debemos pensarlo. La solidaridad no es una regla de buenos modales o de comportamiento. Más bien significa algo muy diferente: pensar y actuar dentro del horizonte del buen vivir de todas las personas, y así ir más allá de los límites que son necesarios para mantener la buena vida de algunos a expensas de muchos. En este sentido, también puede ser descrito en términos cristianos como la unidad de amor al prójimo y a los más alejados: se trata de mucho más que de mí, mi familia, mis amistades, mis vecinos, mis conocidos. Se trata de todos. Por debajo de esta escala no puede haber solidaridad.

Por supuesto, esa solidaridad significa más que palabras o gestos grandilocuentes. No es solamente y ante todo una cuestión de actitud, sino que se muestra en la acción práctica: "Lo que has hecho al más pequeño de mis hermanos y hermanas..." (Mt 25). Entonces, ¿qué significa esto para nosotros concretamente en tiempos de una pandemia como la del coronavirus, que amenaza los cuerpos y las vidas de tantas personas en todo el mundo? Lo que debe estar en juego es encontrar formas de solidaridad que no se den por satisfechas con la distancia y la pérdida de contactos sociales. Formas de solidaridad que no deben pensarse simplemente desde el centro de la sociedad, desde los que están cerca de mí porque comparten mis circunstancias de vida, sino desde los otros, los excluidos, los amenazados, los privados de perspectivas de vida. Para las personas en Lesbos, los refugiados en los campos de Europa con sus desastrosas condiciones médicas, los sin techo y los prisioneros, nuestro lavado de manos no será suficiente. Necesitan nuestras voces que clamen por una verdadera solidaridad y por el compromiso de que nadie se quede atrás ni siquiera ante la pandemia, de que nuestra preocupación no se limite a la gente de las clases medias europeas a nivel nacional, sino que sea para todos por igual, en todo el mundo, porque todos son "nuestros". Es significativo que estas personas no aparezcan en absoluto en el mensaje del obispo Genn. Por lo tanto, la situación actual produce lo invisible y los invisibles. La solidaridad consiste en no negar las necesidades médicas y epidemiológicas, por supuesto, en tomarlas absolutamente en serio,

pero no se puede llamar solidaridad a las exigencias que nos plantean dichas necesidades. De esta manera, no sólo sancionamos la situación ahora, sino que también producimos una continuidad que resulta de la extensión inmediata de la vida cotidiana neoliberal a la crisis. Todas las crisis tienen esta lógica y, cuando terminan, la práctica del comportamiento y los patrones de pensamiento de la crisis se dejan atrás como un nuevo y evidente bloque de construcción. Por lo tanto, no debemos inclinarnos ante la lógica enemiga del estado de emergencia. Después de todo, a largo plazo, esta lógica es un enemigo tan difícil como la propia pandemia. Debemos luchar contra el coronavirus, pero no a cualquier precio, no al precio de suspender los derechos humanos y abandonar la solidaridad universal. Incluso creemos que la lucha contra el virus se gana mejor y más fácil desde una perspectiva de solidaridad universal.

Hablar de solidaridad ahora también significa hablar de lo que ya debería ser expulsado de nosotros como solidaridad en un mundo atomizado y lo que no se nos servirá en bandeja de plata incluso después de la crisis. Tal discurso no es un lujo superfluo, sino una amarga necesidad si queremos seguir construyendo un mundo digno para todas y todos. Querer y buscar la cercanía a pesar de la distancia médicamente requerida, y ser creativo para descubrir incluso nuevas formas. Esto, sin embargo, pone patas arriba las recomendaciones citadas al principio: aunque tenemos que mantener nuestra distancia, ¡buscamos y queremos una cercanía mutua!

El papa Francisco resume esta paradoja diferente e invertida: "Pensemos, por ejemplo, en la cercanía de Jesús a los asustados discípulos de Emaús. Él se acerca a ellos lentamente, y les hace comprender el mensaje de vida. Y también nos pide que estemos cerca el uno del otro. En este momento de crisis que estamos viviendo a causa de la pandemia, nosotros también debemos mostrar esa cercanía" (papa Francisco, homilía de la misa en Santa Marta, 18 de marzo de 2020). Busquemos juntos formas y maneras de hacerlo e inspirémonos mutuamente en nuestra fortaleza y creatividad. ★

Trad. Pilar Puertas
puertas@itpol.de